

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Narcís Juanola Soler: PASEOS POR LA VIDA Y EL PENSAMIENTO (*)

El profesor Narcís Juanola, catedrático de Filosofía del I. B. "Santiago Sobrequés" de Girona, es el autor de esta original obra, constituida por cien breves artículos, con títulos muy sugestivos, que pueden leerse aisladamente y sin seguir orden alguno. Sin embargo, tienen varios hilos conductores. Uno general, expresado por el título de la obra: su referencia a la vida cotidiana actual y al pensamiento o cultura de nuestros días. Si pasear es andar, principalmente al aire libre, por hacer ejercicio, lo que es siempre agradable, el Dr. Juanola invita en un clima de total libertad, de no estar encerrado en ideologías, modas, prejuicios o influencias de los medios de comunicación, a realizar la actividad de pensar por propia cuenta, que es igualmente muy grata. Sus escritos son como orientaciones, basadas sobre todo en el sentido común, para hallar la ruta mejor.

Otra ordenación, quizás no tan patente, es la de presentar los distintos artículos, que son como los mojones kilométricos del camino, siguiendo el orden de las distintas partes de la Filosofía. Si se leen según su sucesión de la obra, se tiene una visión completa de los temas generales, que tiene por objeto la investigación filosófica, incluso de su historia. Siempre el lector encontrará una valoración objetiva, presentada de una forma amable y atrayente, que recuerda mucho a Jaime Balmes. La obra tiene por todo ello un gran valor pedagógico, al igual que otras publicadas

(*) Girona, Troa Librerías, 2000, pág. 505, cm. 15 x 20, ISBN: 84-607-0138-7 (Troa Librerías, Librería Nebli, Serrano, 80, 28006 - Madrid, Tel.: 94-423 57 55; Fax: 91 578 06 51; www.troa.es; e-mail: nebli@troa.es).

por su autor, como *Atenea-3.º BUP* (Edit. Dossat, 1986), *Atenea-COU* (Edit. Dossat, 1987), y *Ortega y Gasset, Ensayo sobre "Historia como sistema" y "El tema de nuestro tiempo"* (Emesa, 1983).

Se advierte, antes de iniciar los "paseos", en un prólogo —que, por su densidad y profundidad, quizás habría que leer después de la lectura de toda la obra—, que: "Alguien podría pensar, siguiendo los pasos de un existencialismo ateo, que la postura más lógica es la de aquel 'paseante' que hace camino al andar, paso a paso. Pero. ¿hacia dónde se encamina? Si no hay 'norte' ni 'guía' alguno, entonces, ¿por qué no anda al revés, hacia atrás?, ¿por qué no hacia la derecha?, ¿por qué no a la izquierda?, ¿por qué no se queda quieto?" (pág. 15).

Todavía, añade: "Se podría pensar que es suficiente 'pasear' disfrutando de lo que se va presentando, de lo que la vida nos va ofreciendo y cuando nos lo ofrece, como si mirásemos por un caleidoscopio. Este 'pasear por pasear' conduce al nihilismo de este fin de siglo. Es la vida estética que la postmodernidad presenta como única actitud posible: El pensamiento débil de quien no cree en ninguna verdad absoluta ni universal. Pero, entonces ¿cómo es posible entablar un diálogo cualquiera si todo es pura diferencia individual y momentánea, si no hay verdades comunes a todos los seres humanos que los aúnen como hermanos? Pero, ¿puede haber 'hermanos' sin un mismo 'Padre'?" (pág. 18).

Estas cuestiones se plantean al hombre de nuestros días, porque: "El 'antidogmatismo' actual, ha conducido al hombre más allá del agnosticismo, hasta caer en el relativismo escéptico. Éste, a su vez, se ha cambiado en cinismo y, finalmente, se ha vuelto nihilista. De la razón que todo lo explica (racionalismo deísta) hemos pasado a la razón que no explica nada. Ya ni siquiera lo pretende: La duda y el convencionalismo práctico actuales vienen a ser los modos más dogmáticos, acríticos e irracionales de concebir la razón humana" (pág. 493).

Sin embargo, el hombre actual, como siempre, busca la verdad, la respuesta al sentido de toda la realidad. Como ha escrito Juan Pablo II, en la *Fides et ratio*, el ser humano desea obtener respuesta a: "Las preguntas de fondo (...) ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después

de esta vida?". De ellas: "depende la orientación que se dé a la existencia". Además: "Cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia" (Introd. 1). El hombre no puede vivir alejado totalmente de la verdad, porque: "incluso cuando la evita, siempre es la verdad la que influencia su existencia; en efecto, él nunca podría fundar la propia vida sobre la duda, la incertidumbre, o la mentira, tal existencia estaría continuamente amenazada por el miedo y la angustia. Se puede definir, pues, al hombre como *aquél que busca la verdad*" (III, 28).

La relación del hombre con la verdad es esencial. Por ello, escribe el Dr. Juanola que: "Todo 'paseo' tiene una meta, un fin..., ¿pasearíamos sin él? Pasear por pasear es una quimera, una manera de escurrir la cuestión principal que hace inútil 'la vida y el pensamiento', ya que ignora el '¿por qué?' e inhabilita el merecimiento del 'descanso', saciar del todo la sed de felicidad en una fuente eterna" (pág. 495).

El hombre tiene una aptitud metafísica por la que se ve solicitado a buscar sentido a su vida. Esta necesidad la concreta el profesor Juanola en lo que denomina las "tesis básicas", y que considera que son las diez siguientes: 1. "El hombre es capaz de verdad"; 2. "El punto de vista filosófico no es el científico o económico, sino el metafísico, no es un punto de vista parcial o particular, sino universal y comprensivo"; 3. "Hay un orden de racionalidad legible por la razón humana y universalmente válido"; 4. "Se puede construir una metafísica partiendo de la experiencia y utilizando la capacidad de pensar. Es un 'mal camino' para 'pasear' el materialismo"; 5. "Hay que distinguir el saber filosófico del científico-experimental y afirmar la autonomía del momento teórico-comprensivo"; 6. "El hombre no es un momento del proceso evolutivo de la historia (historicismo), cerrado a toda trascendencia moral y religiosa"; 7. Se puede demostrar la existencia de un Dios creador a partir del mundo y/o del hombre"; 8. Existen leyes naturales y principios morales derivados de las mismas que son el fundamento del Derecho y la base de la justicia"; 9. "El hombre es una persona, un ser individual de naturaleza racional,

libre, espiritual e inmortal"; 10. "Hay que considerar al hombre y lo humano en toda su integridad y plenitud, cuerpo y alma, individual y social" (págs. 493-494). Podría todavía sintetizarse más el contenido de las más de quinientas páginas, que ocupa la obra de Juanola, indicando que están situadas sobre tres coordenadas: la defensa de la naturaleza humana, del carácter personal del hombre y de su capacidad de alcanzar el bien ético, que no hace más que expresar como deber moral la inclinación natural a la verdad y al bien. Frente al kantismo se afirma que: "Es obvio que todo ser humano desea ser feliz y que hay un amor natural del propio ser hacia sí mismo sin que ello implique egoísmo alguno. Éste se da cuando uno se ama a sí mismo por encima o a costa de los demás, pero no cuando es bien entendido. Si no me amo a mí mismo, ¿cómo podré darme a los demás?" (pág. 206). Se concluye, por ello, que: "La búsqueda del bien y de la felicidad no es necesariamente egoísta. El hecho de que los anhelemos, no es porque los deseos que provienen del mundo material nos gobiernen y determinen, haciéndonos interesados, sino porque como seres humanos estamos abiertos al bien (no sólo a 'un' bien) es decir, al infinito, del cual tenemos necesidad, ya que no hay nada en este mundo finito y temporal que pueda aquietar la sed de absoluto que, naturalmente, todos tenemos" (págs. 206-207).

El libro no sólo se mueve en el orden de los principios y tesis generales, sino que también se ocupa de los temas más concretos y singulares. Así, por ejemplo, se lee: "Mucha gente hace concesiones a los males sociales para no chocar con nadie y, así, hacer gala de espíritu democrático, como si la democracia estuviera reñida con determinados valores y bienes universales, como si no pudieran darse convicciones firmes que fundamenten el bien común. Con esto se hace un flaco favor al espíritu democrático. Decir sí a todo y a todos, seguir la corriente, preconizar una no-violencia como no-resistencia al mal, es dar pie a un pacifismo pasivo que renuncia a defender el bien y hace dejación de los deberes morales que incumben al hombre. Hay una no-violencia constructiva que impele a cumplir con el propio deber y reprimir los abusos para edificar la paz. La resistencia, la fortale-

za, la valentía, el 'dar la cara', el 'mojarse', no son sino señales de hombría de bien" (pág. 280).

La tolerancia, como decía Balmes, es "el sufrimiento de una cosa que se conceptúa mala, pero que se cree conveniente dejarla sin castigo (...) la idea de tolerancia anda siempre acompañada de la idea de mal (*El protestantismo comparado con el catolicismo*, 34) Puede parecer, dado que es un deber moral el respetar las opiniones de los demás, que hay que respetar también los errores. Por supuesto, que deben respetarse las personas que los profesan, incluso suponer su buena intención. Lo que no es respetar un error. Como todos los males, los errores no se respetan, sino que se toleran. Hay obligación de rechazar el mal, pero si de este rechazo sigue un mal mayor, entonces la prudencia hace que se tolere o se sufra. La tolerancia tiene, por tanto, un valor indirecto, el de impedir mayores males. Sin embargo, es una opción por el mal menor, porque no hay una opción propia positiva por el mal, simplemente se soporta el mal de otros.

Explicaba Victorino Rodríguez que: "Como reacción a formas desmedidas de intolerancia o como índice de un libertismo irresponsable es frecuente en nuestros días presentar la tolerancia como un ideal, sin discernir entre el bien a practicar y el mal a tolerar. La libertad para el mal a cuenta del derecho del bien. Lo que no debería ser más que una cesión accidental a la permisión del mal se ofrece como un principio de plenitud democrática. Y no es así. En el dictamen de recta conciencia opera a veces el factor tolerancia del mal menor para no impedir mayores bienes o para impedir mayores males. No se trata entonces de elegir el mal menor, sino de permitir o tolerar el mal o penalidad menor" (*Estudios de Antropología teológica*, págs. 148-149). No se puede elegir el mal nunca, ni para hacer el bien. La finalidad no cambia nunca el mal por bien. Según Santo Tomás: "Dios no quiere que se haga el mal, ni quiere que no se haga; lo que quiere es permitir que se haga. Y esto es bueno" (*Summa Theologiae*, I, q. 19, a. 9, ad 3).

Todavía es posible encontrar cuestiones más concretas como la celebración actual en España de las fiestas de Navidad. Nota el filósofo gerundense que: "Las Navidades se han secularizado, al

igual que la Semana Santa. Todo está dirigido a que la gente consuma, viaje, gaste y se divierta. Curiosamente, se conservan los nombres, aunque sus contenidos no tienen ningún valor sacro. ¿Es que la gente no se atreve a decir claramente que sólo les importa el asunto y el consumo? Su conclusión, que como todas las demás, es esperanzada y optimista, porque: "Por la calle, por teléfono, a través de una postal, la gente se felicita las Navidades. En muchos hogares se sigue celebrando. Es imposible ignorar la felicidad y la alegría navideñas. Parece algo impensable intentar borrarlas de la conciencia de la sociedad. Quizás el ser humano, en su interioridad, está sediento de esa Luz que sin espectáculo, empezó a iluminar desde Belén a todos los hombres de buena voluntad (...) La 'gran alegría' que el ángel anunció a los pastores es la misma que las Navidades, quiérase o no, incluso aquellas que se desvirtúan por el consumismo, anuncian a todos los corazones sedientos de paz" (pág. 492).

Por último, hay que destacar asimismo que los temas tratados, ya sean generales o particulares, siempre son de gran importancia y de actualidad. Así, por ejemplo, en uno de los artículos dedicados a la procreación humana y a la bioética, afirma que: "Del tratamiento de la sexualidad sin procreación, una vez se ha desacralizado y deshumanizado la sexualidad, se ha pasado a su comercialización y se han abierto paso los negocios de la pornografía y los paraísos artificiales de una sexualidad fría y despersonalizada, una especie de amor 'light', a bajo precio, ligero, inconsistente, voluble, frívolo, sin contenido, que produce un placer sin alegría, un bienestar sin felicidad y una sexualidad que no sabe hablar el único lenguaje válido, el del amor" (pág. 328).

Muchas de estas páginas de moral familiar, recuerdan a algunas de Lanza del Vasto. En *Approches de la vie intérieure*, en 1962, escribía con respecto a lo lascivo, que: "El mal es pensar en ello continuamente. Pensar en ello continuamente, es hacerlo una idea fija, una obsesión (...) Insistimos en esta: que hay que abolir el pensamiento del sexo o pensarlo a fondo. Si no sabemos pensarlo a fondo, pensaremos en él constantemente y tendremos un gusano dentro, un demonio en el corazón. Pero si sabemos pensarlo a fondo no podremos pensar en ello cons-

tantemente y seremos liberados del Demonio por el dedo de Dios. Y ¿qué es pensarlo a fondo? Es pensar que es sagrado, dedicado a una función sagrada, estrechamente ligado a la vida, a la perennidad de la vida, a la naturaleza, a la creación, al mismo acto del Creador. Es una verdad primordial".

Explica el pensador italiano que: "Un antiguo proverbio narrado por Platón, dice que el estupor delante de la muerte es el comienzo de la Filosofía. Haré otro paralelo, escuchadlo bien: la admiración delante del acto de amor y del acto de engendrar es el comienzo de la Religión. Aquí el misterio de la vida golpea y confunde la razón, aquí la vida revela su trascendencia; el amor, su esencia divina (...) Fuera de estas perspectivas sagradas, no hay para el sexo más que profanación, blasfemia, escarnio, bajeza, porquería".

Describe seguidamente cuatro confusiones muy extendidas, igualmente notadas por nuestro autor. La primera es "Ver en el desenfreno una venganza de la naturaleza contra los tabús tradicionales, las conveniencias burguesas, los falsos pudores, las inhibiciones del miedo, las debilidades sentimentales". Por el contrario: "La lujuria no es una necesidad de la naturaleza, sino un pecado contra la naturaleza. El deseo natural no es lujuria ni es, por sí mismo, un pecado. El pecado es darle libre curso cuando no es preciso hacerlo o bien no darle cuando habrá que hacerlo. La lujuria es una especulación sobre el deseo y el placer. Ningún animal no es capaz de esta especulación".

Apunta seguidamente un segundo: "Creer que el desenfreno sea una consecuencia de los derechos de la persona, una libre expansión, un paso a la felicidad, una liberación del amor, una reacción valerosa contra las presiones sociales". Y, sin embargo: "La lujuria es una ofensa a la persona, un impedimento mayor para la caridad, un pecado contra el amor, una destrucción de la felicidad, y hasta, a la postre, del placer. Es una esclavitud, no una liberación. Queda tributaria de los prejuicios corrientes; sólo viola las presiones sociales por tal de llegar los encadenamientos de la bajeza".

En realidad, es un ídolo. "La Biblia habla frecuentemente de la idolatría como de una prostitución, de donde se puede extraer

que la lujuria es una idolatría". Como todos los ídolos no es un ser personal, es un objeto. "Aquello que se adora es el sexo (...) El portador del sexo no importa, siempre que lo lleve bien; otro portador haría el mismo servicio". Además: "Este ídolo es un falso dios e incluso un falso ser. Porque no existe en ninguna parte un sexo que subsista por el mismo: es un monstruo de la imaginación (aquí se levanta la hierba de la locura). Real solamente lo es la persona, no la persona en tanto que sexo. El amor es el amor de la persona como a tal y la caridad el amor del bien de la persona. Por eso, la lujuria excluye el amor y la caridad".

Desde consideraciones parecidas, que revelan que "la lujuria pulula en las épocas de decadencia y acelera la descomposición de toda la sociedad atacando la célula del tejido social, la familia", el profesor Juanola, puede probar muchas consecuencias prácticas, olvidadas generalmente en nuestra época como la de que: "El amor no puede 'ponerse a prueba'. Se prueban las cosas, no las personas. Al poner a prueba el amor, se le quita su elemento básico: La donación mutua y total. Realmente, ¿qué se prueba?, ¿por cuánto tiempo? ¿cuándo se estará seguro del todo?" (pág. 323).

Otra consecuencia es la necesidad del pudor y de la intimidad. "La ausencia de pudor supone un descuido de la intimidad, el no poseerse, el abandonarse y, en el fondo, el no poder ya compartir con nadie lo que se es. El pudor del cuerpo significa que no se está a disposición de cualquiera. Aquí encontramos la función del vestir con decencia y recato, que se muestra como una exigencia de la elegancia. Sin éstas, la persona se desvanece y ya no se puede evitar que la atención del otro quede absorbida por la materialidad corporal, haciendo muy difícil el acceso al nivel de la personalidad espiritual. De ahí que sea una hipocresía hablar de la belleza de una persona impúdica que se deja tratar como objeto o reclamo para el consumo. Lo impúdico en el vestir surge cuando, subrayado el sexo, se oculta la persona. El pudor protege de esta caída en la materialidad, de que la persona se ve reducida al sexo y al cuerpo, que son sólo partes de la verdad integral" (págs. 339-340).

A través de estas y otras muchas observaciones prácticas, *Paseos por la vida y el pensamiento* intenta dar respuesta a los

problemas esenciales y profundo del mundo de hoy. "Dada la ruptura que el pensamiento moderno obró entre Dios y el mundo, se trata de recuperar la unidad del hombre, de reconquistar el punto de vista metafísico, la inteligibilidad profunda de la integralidad humana por vía racional, sin menoscabar la crítica". Su autor afirma además que: "Sólo desde una consideración trascendente de la persona, pueden superarse las manipulaciones a las que se ve sometido el ser humano por el mundo de las ideologías reduccionistas" (pág. 495).

En definitiva, el camino natural y racional, que queda marcado en este libro, no sólo queda abierto a la trascendencia, a la fe, sino también queda patentizado su insuficiencia. "Dada la debilidad congénita del ser humano y la premura del tiempo de la vida, sin la fe, lo que para unos sería una señal de haber elegido el buen camino, para otros sería indicio y motivo de duda. Sólo después de recorrer multitud de caminos y después de largo tiempo, unos buenos caminantes podrían atisbar los signos racionales que hablan indirectamente de la Fuente situada al final del camino de la vida. Habrían aprendido el qué, pero no cómo se llega a Ella. Ni siquiera podrían atisbar que esa Fuente es capaz, por ser divina, de salvar de la muerte al caminante y abrirle una estancia de plenitud eterna" (págs. 21-22). De ahí que concluya el Dr. Juanola: "Quizás, después de 'pasear por la vida y el pensamiento' nos daremos cuenta de que esa fuente, en Persona, ya estaba a la vera del camino esperándonos para colmar con creces nuestro caminar esforzado, nuestra entrega y nuestra pequeñez" (pág. 495).

Paseos por la vida y el pensamiento, podría decirse, no hace más que seguir la senda que ha señalado Juan Pablo II en la reciente encíclica *Fides et ratio*, al afirmar que: "Es evidente la importancia que el pensamiento filosófico tiene en el desarrollo de las culturas y en la orientación de los comportamientos personales y sociales. Dicho pensamiento ejerce una gran influencia, incluso sobre la teología y sobre sus diversas ramas, que no siempre se percibe de manera explícita. Por esto, he considerado justo y necesario subrayar el valor que la filosofía tiene para la comprensión de la fe y las limitaciones a las que se ve sometida cuan-

do olvida o rechaza las verdades de la Revelación. En efecto, la Iglesia está profundamente convencida de que fe y razón 'se ayudan mutuamente', ejerciendo recíprocamente una función tanto de examen crítico y purificador, como de estímulo para progresar en la búsqueda y en la profundización." (Concl. 100). También parece haber acogido los ánimos del Papa: "a los creyentes que trabajan en el campo de la filosofía, a fin de que iluminen los diversos ámbitos de la actividad humana con el ejercicio de una razón que es más segura y perspicaz por la ayuda que recibe de la fe" (Concl. 106).

EUDALDO FORMENT

VIDA DE DON ANDRÉS MANJÓN Y MANJÓN, FUNDADOR DE LAS ESCUELAS DEL AVE MARÍA, POR UN MAESTRO DE DICHAS ESCUELAS (*)

Nada más contrario a lo que debe ser una sección de reseñas bibliográficas que hablar de un libro que tiene más de medio siglo y que, por tanto, no se encuentra en librerías ni editoriales. Pero aun así quiero hacerme eco de esta excelente biografía de una de las mayores glorias de la Iglesia, de la Pedagogía y de España en los siglos XIX y XX.

La figura de Andrés Manjón (Sargentos, Burgos, 1846-Granada, 1923) es tan colosal que cualquier ocasión es buena para referirnos a él y de todo corazón recomiendo la lectura de cualquier biografía suya que sin duda será de aprovechamiento espiritual, bien la que estamos comentando, escrita por un íntimo colaborador del canónigo sacromontino que, siguiendo el ejemplo de humildad de su maestro, oculta su nombre, bien la más reciente de Fray Valentín de la Cruz, o cualquiera otra que haya apareci-

(*) Patronato de las Escuelas del Ave-María, Alcalá de Henares, 1946, 509 páginas.